



NUM. 25. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 24 DE JUNIO DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO X.

## REVISTA DE LA SEMANA.



Al fin se rompieron las hostilidades entre Austria y Prusia. Suele decirse á menudo, y nosotros lo hemos repetido algunas veces, para dar á entender que ha dado principio una guerra, que se ha disparado ó se va á disparar el primer cañonazo. La guerra

presente, que segun aseguran se ha venido tramando en silencio desde la famosa entrevista de Napoleon, Bismark y Nigra en las playas de Biarritz, por burlar hasta la última hora la prevision de los curiosos políticos, ha comenzado el drama con una escena mímica lo menos ruidosa posible. Hasta el momento solo ha tenido lugar un choque de la caballería austriaca con la prusiana, en el que ésta ha llevado la peor parte. Los cañones guardan aun un prudente silencio, pero dentro de muy poco abrirán sus formidables bocas para concluir la complicada polémica diplomática de un modo mas enérgico y terminante que lo hubiera podido hacer los mas elocuentes hombres de estado en las frustradas conferencias.

El conflicto europeo está en pie. Hora es de mesurar, aunque ligeramente, sus gigantescas proporciones. Para poderlas apreciar con alguna exactitud, fuerza es tender la vista á nuestro alrededor fijándonos en la actitud en que al comenzar la guerra están colocados cada uno de los países que mas ó menos directamente se encuentran interesados en la lucha, de la cual podrian en un caso dado ser actores muchos de

los que al presente se limitan á desempeñar el papel de testigos.

Austria y Prusia, cuyo antagonismo secular solo se debilita á intervalos para reaparecer mas enconado é intransigente, si se atiende á los datos que arroja la estadística militar, tienen casi niveladas sus fuerzas. Pero hay que hacer una observacion importante. En Austria la guerra es popular, en Prusia no: ó al menos Bismark, que es el alma de ella, lucha inútilmente por levantar el espíritu público en favor de sus proyectos, de los que sospechan puedan ser tan solo un medio hábil para distraer la atencion del régimen político que con tan estraña tenacidad sostiene.

Hay otra desventaja en contra de la Prusia. El gabinete de Viena, insinuando hábilmente la idea de que el término de la cuestion podria ser la pérdida de la frontera del Rin, ha herido la fibra nacional alemana, consiguiendo poner de su lado á la mayoría de los miembros de la federacion. El equilibrio de poder, roto por la parte de Prusia, se restablece al caer en la balanza el peso de Italia.

En Italia la guerra es altamente popular é hija de un puro y exaltado sentimiento patriótico. Preparado muy de antemano el gabinete de Florencia á las eventualidades de un choque inevitable en término mas ó menos próximo, y ayudado en sus aprestos militares por una nacion poderosa y amiga, cuenta con grandes recursos para comenzar la lucha, y se siente fuerte con la cooperacion de un pueblo que despierta entusiasta á la nueva vida de la dignidad y la independenciam, deseando dar muestras de que ha llegado al período de virilidad en que las naciones se bastan á sí mismas para conquistarse un puesto preeminente.

Decíamos, pues, que al caer el peso de Italia en la balanza de las probabilidades de éxito, el fiel se mantenía en equilibrio entre las partes contendientes y por nuestras palabras acerca de los medios con que cuenta Víctor Manuel, parece que no solo restablece su equilibrio, sino que la vence del lado de las dos naciones aliadas. Hay sin embargo que no dejarse deslumbrar por el exterior homogéneo y simpático que ofrece una causa tan grande y popular como la italiana, midiendo sus fuerzas por la simpatía que inspira. Por debajo de la brillante superficie se estiende una red de intereses heridos, de odios mal apagados, de aspiraciones reprimidas mas no olvidadas. Esa masa, numerosa aunque dispersa, espía en silencio una ocasion, mina sorda-

mente el país, y no porque ponga un empeño particular en ocultarse, debe pasar desapercibida á los ojos del que intenta de buena fe sondear el verdadero estado de las cosas. El destronado rey de Nápoles mateándose en su manifiesto dentro de los límites de una prudente reserva, aconsejando la calma, y esortando á sus parciales á continuar unidos y en expectativa, traza claramente esta linea de conducta mas temible que la accion franca y desembozada.

La actitud de Roma no es menos digna de ser tomada en cuenta. Encerrada en un profundo silencio, aislada en medio de la lucha, trata de mantenerse impassible y estraña á los sucesos que á su alrededor se desenvuelven, pero ¿quién podrá calcular el efecto de su autoridad respetable cayendo en un momento oportuno al lado de uno de los contendientes?

Además, cosa estraña pero que se explica, la guerra con Italia es en Austria tanto ó mas popular que la de Prusia. Hay todavía en el fondo del corazón de los austriacos algo de aquella avidez y aquella ansia que empujó irresistiblemente en otros siglos á las razas del Norte sobre el Mediodía, cuyo sol y cuyo cielo equivalen á un paraíso: hay junto á ese impulso poderoso el deseo de vengar las derrotas de Solferino y Magenta.

Tal es la situacion de las tres grandes naciones que hasta ahora han aparecido en la escena, y á las que está encomendado el prólogo del inmenso drama que tiene el privilegio de absorber la atencion del mundo en los actuales momentos. Sin embargo, detrás de los bastidores se adivina que hay mas de un personaje vestido y dispuesto á salir á las tablas apenas lo requiera el argumento, que amenaza ser complicadísimo. Algunos de ellos se han anunciado ya convenientemente, y segun lo requieren las reglas clásicas de las obras teatrales. Francia proclama en alta voz su neutralidad; pero es una neutralidad incomprendible. La carta de Napoleon á su ministro de Negocios Estranjeros, es un verdadero logogrifo. Su empeño, dice, es mantener la obra de Francia en Italia. Si esta se ve amenazada, por cuestion de honor nacional, se encontrará precisado á terciar en la cuestion con las armas en la mano. Pero ¿cuál es la obra de Francia? La creacion del reino de Italia tal y conforme se encuentra constituido. Si la Lombardia y el Milanesado vuelven á poder de los austriacos, hé aquí su obra deshecha. Si por el contrario Venecia sale de manos del Aus-

tria para incorporarse á los dominios de Víctor Manuel sucede lo mismo. ¿Será este el sentido de la carta imperial? En fuerza de ser lógico, parece absurdo.

Napoleon no debe permitirse la candidez de aparentar que cree la cuestion reducida á un duelo de amor propio entre las partes beligerantes. Hé aquí explicado por qué Rusia, que sospecha, y no sin falta de razon, que Francia ha de ser neutral mientras la fortuna ayude á Italia, y ha de salir de su reserva si por casualidad le vuelve las espaldas, ha declarado terminantemente que un paso del gabinete de las Tullerías en este sentido, la determinaría á tomar una parte activa en el asunto, colocándose al lado de Austria, á cuyo fin concentra en la frontera un ejército de observacion compuesto de 200,000 hombres.

Por lo pronto, estos son los dos nuevos adalides que armados de punta en blanco, presiden la liza, no con intenciones de arrojar el baston en medio de los combatientes cuando se enardezca la lucha, sino con el de bajar lanza en ristre á la arena á compartir sus peligros y su suerte. Mas entre tanto que con mas ó menos franqueza cada cual se coloca en un determinado sitio y deja traspirar sus intenciones, ¿qué hace Inglaterra? Napoleon, engolfado en la prosecucion de sus trascendentales combinaciones, vuelve de cuando en cuando los ojos hácia el Canal de la Mancha, y acecha con miradas furtivas á su eterna rival, tratando de traslucir sus pensamientos. Inglaterra, muda é impasible, le ve hacer, aparenta preocuparse con sus asuntos interiores, y se oculta bajo la impenetrable máscara de una glacial indiferencia. Algo medita, sin embargo. La casi imperceptible sonrisa que dilata sus delgados labios, trae inquietos á los que se dedican á augures de su semblante. Dinamarca, Suecia y Noruega, obediendo á sus ocultas insinuaciones, estrechan en silencio el lazo de la union escandinava, y esperan tambien envueltas en una reserva impenetrable y fria como sus eternas nieves. Toda la Europa en armas, levantando cada pais su bandera al primer grito y amenazando mezclarse en una contienda titánica, ardiente y general desde el principio, seria menos temible que esa calma preñada de proyectos oscuros que rodea á los combatientes. Hay algo de pavoroso en la actitud de esos paises que aguardan el momento en que la fortuna vuelva una vez la espalda á un poderoso enemigo para caer sobre sus restos y desbaratar su obra, ya que no puedan repartirse sus despojos. Se presente en la pesadez de la atmósfera que nos rodea como el informe conato de un Waterloo colosal. El segundo imperio, menos brillante y ruidoso que el primero, tiene, no obstante, raices mas profundas, y para descuajarlo se ha de sentir una muy honda conmocion. El Waterloo de Napoleon I fue la caída de un hombre; el del III seria la de un orden de cosas encañadas estrechamente entre sí, y que han tenido tiempo de solidificarse. Al detenerse un punto á meditar sobre las áridas cuestiones arrojadas á la arena de la discusion en estos graves momentos, despues de haber examinado rápidamente los móviles que impulsan á otros paises, las probabilidades de éxito con que cuentan, y los proyectos que mas ó menos fundadamente se puede presumir que abrigan, ocurren naturalmente multitud de reflexiones que á medida que vayan sucediéndose los acontecimientos, iremos esponiendo á la consideracion de nuestros lectores.

Hace poco los que oyeron á Napoleon decir á los trabajadores del Campo de Marte: «No desmayar en vuestras tareas: la esposicion ha de celebrarse en medio de la mas profunda tranquilidad,» auguraron de aquí que la paz no se turbaria. Al ver hoy, que los trabajos para la próxima esposicion universal siguen activamente, y que los obreros que se retiran á descansar de las fatigas del día son sustituidos por otros que siguen la faena con ayuda de un faro eléctrico, durante la noche, no puede darse otra explicacion á sus palabras, sino que la guerra que se dispone ha de ser sangrienta pero breve.

Tal es el cuadro que ofrece la política exterior al espirar la presente semana. La carencia de otros sucesos mas importantes y la imposibilidad de ocuparnos de algunos que se realizan entre nosotros, por no permitirlo la índole de EL MUSEO, nos ha hecho detenernos deliberadamente en trazarlo á nuestros lectores, pues terminada por el momento la cuestion del Pacífico, todo el interés se reconcentra en adelante en el nuevo teatro de la guerra.

Respecto á espectáculos tampoco podemos añadir gran cosa. De los caballitos del Circo, donde nada nuevo se hace, nada nuevo puede decirse. Como presumíamos, la empresa de los Campos Eliseos vino al suelo combatida de las mil contrariedades con que ha tenido que luchar desde su creacion. Aunque se habla mucho de música y conciertos de todos tamaños, chicos, medianos y monstruosos, la cosa no ha pasado aun de la categoria de proyecto. Cuando se realicen daremos cuenta á nuestros lectores del resultado.

El mal tiempo tiempo ha hecho que en el presente año, se hayan retrasado las expediciones veraniegas, ya al campo, ya á los puertos de mar, y á los establecimientos de baños, donde unos acuden en busca de salud y otros á caza de aventuras de todo género. Es de esperar, que si la atmósfera se despeja y desapa-

recen las nubes que constantemente han estado casi toda la primavera amagando y aun descargando sobre nuestras miserables, humanidades terribles aguaceros, los habitantes de la corte se apresuren á hacer la maleta y se marchen, como suele decirse, con la música á otra parte.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

## LAS PAMPAS DE AMERICA.

¿Qué son las pampas? Este nombre que oimos repetir con frecuencia en Europa al hablar de la América del Sur, es el que se da á un espacio inmenso que los geólogos consideran como un terreno de aluvion, y que está formado por lo que el Parana ha arrojado de sí. Despues del descubrimiento de América, las pampas tardaron mucho en poblarse por los europeos, y aun en el día se puede decir que cuentan muy poca poblacion. Es de creer que sus primeros habitantes fueron aventureros de toda clase, filibusteros, la hez de Europa; como los que fundaron Nueva Orleans, á orillas del Mississipi; como quiera que sea, una vez habitadas por los europeos la poblacion principal la constituyó bien pronto el indígena del pais ó el gaucho nacido del enlace del español con la india, que llegó á ser el señor de las pampas.

Si se hace un corte perpendicular en la tierra de las pampas se descubren claramente antes de llegar á una profundidad de 50 pies, varias capas de tierra de diferente color y clase colocadas unas sobre otras. La capa superior, de 1 á 4 pies de grueso, es de la clase llamada *humus* ó tierra vegetal, de color negro, y contiene muchas plantas de filamentos. La segunda, tan gruesa como la primera, está formada de arcilla de color oscuro; es pesada y se desprende con facilidad. En las capas gredosas que siguen, que tienen de 1 á 3 pies de grueso, los colores cambian del pardo oscuro hasta el amarillo claro, y contienen muchos trozos con vetas de una cal de agua muy notable; á veces tambien restos de huesos de aves de los pantanos. Entre estas capas de arcilla se encuentra una arena silicea, muy fina en la que brotan los manantiales, y á veces en tal escala que se puede suponer que á una profundidad de 80 á 120 pies se hallaria agua, que por medio de un aparato artesiano, se podria subir á la superficie.

De todas estas capas de tierra, la del *humus* es desde luego la mas útil; es por decirlo así el seno de la vegetacion, la base de la agricultura. Muy pocas veces ó nunca necesita abono, pero conviene que siempre se la mueva ó are para que todas sus partes se pongan en contacto con la atmósfera. La fertilidad de esta tierra de labranza de las pampas es tan grande, que solo puede compararse con la de las orillas del Nilo en Egipto, y si los habitantes primitivos de las pampas hubieran comprendido tan bien la agricultura como los antiguos egipcios, las pampas estarian hoy no solo cubiertas de yerba, sino tambien adornadas con pirámides y obeliscos como el pais de los Faraones.

Sin embargo, el levantar monumentos y graneros estaba reservado á otras generaciones. No eran los habitantes primitivos de las pampas, ni los gauchos dedicados á la cria de caballos, los que podian sacar el tributo y la riqueza de aquel suelo vírgen; pueblos del continente europeo debian atravesar el Océano, y establecerse allí para cumplir esta tarea grande y trabajosa. La escasa poblacion de las regiones incultas de La Plata, su produccion insuficiente y la falta de brazos, exigian necesariamente la introduccion de colonos extranjeros. Apenas se tuvo noticias en Europa de cuál era el estado de aquellos paises cuando millares de agricultores se dirigieron hácia ellos para explotar la riqueza de aquel suelo feracísimo. Con grandes gastos y con la debida prudencia se fundaron colonias, y los europeos que habian ido allí, probaron bien pronto al gobierno del pais que la fama de los agricultores de Europa está bien merecida, y que en el mundo antiguo se trata siempre de realizar lo que tal vez en el nuevo parece un mero idealismo.

Solo á esta inmensa inmigracion debe la América del Norte los gigantescos progresos que en poco tiempo ha hecho en la agricultura, el comercio y la industria; su poblacion se ha quintuplicado en cincuenta años, y por estas causas ha llegado á ser una de las mas poderosas potencias de la tierra. Sin la inmigracion extranjera, la América del Sur quedaria todavia por espacio de algunos siglos en la misma situacion, inculta y poco poblada en que se encuentra hoy. La mayor parte de los Estados lo han comprendido así, y por esta razon se esfuerzan para atraer á su suelo inmigrantes extranjeros, principalmente europeos.

Han transcurrido unos cuarenta años desde que los europeos comenzaron á visitar La Plata, y Montevideo y Buenos Aires han recogido ya los frutos de la hospitalidad y buena acogida que los han hecho, pues su comercio, sus rentas y sus productos se han elevado á mas de un doble. Desde entonces se abrieron

los rios á la navegacion, y pudo establecerse un comercio activo en las ciudades de Rosario, Parana, Goya, Corrientes, Gualeguay y Concordia, lo cual contribuyó tambien á que las ciudades se hicieran mas populosas y estuvieran en mejor estado. Sin la guerra larga y fatal que ha habido allí hace unos veinte años, y cuyos horrores causaban una impresion profunda en Europa, la inmigracion hubiera sido mucho mas considerable. Para que esta inmigracion europea tome aun mas incremento, es preciso que la paz se consolide en todo el Sur de la América, y entonces la gran masa de emigrantes europeos, en vez de ir al Norte, se dirigirá hácia el Sur para buscar un clima mas suave y una tierra mas fértil en todas las comarcas que se hallan alrededor del Parana.

El doctor Alberti, en su memoria acerca de las condiciones económicas de la república argentina, dice así: «La economía política exige que se nos den inmigrantes europeos, porque estos traen á nuestra patria, con las costumbres civilizadas é inteligentes de los paises de donde proceden, las doctrinas de su propia esperiencia práctica, que es la mejor de todas las reglas. Nosotros necesitamos una poblacion mas numerosa y mejor, para nuestra libertad y nuestra industria. Cada europeo que llega contribuye mas á extender la civilizacion con sus actos, que todos nuestros compatriotas con sus libros de teorías filosóficas. Un hombre laborioso es el libro mas instructivo; al lado del industrial europeo, se formará pronto el industrial americano. La planta de la civilizacion no se estiende por la semilla, es como la vida crece y se propaga por sus ramas.»

Para poder tener colonos ha habido varias provincias que han hecho contratos con compañías encargadas de suministrarles emigrantes. El 29 de junio de 1853 la provincia de Corrientes hizo un contrato con el señor Brougues para que éste hiciera ir allí mil familias de cinco personas cada una, á las que se les daria un espacioso terreno, marcado de antemano, con lo necesario para su primera manutencion, lo cual se sacaria del producto de la renta de aduanas. La colonia debia fundarse en uno de los puntos mas hermosos del Parana; pero desgraciadamente encontró algunos obstáculos al tiempo de ejecutarse lo que se habia pactado.

Mejor éxito tuvo el contrato que la provincia de Santa Fe hizo el 15 de junio de 1853 con el señor Castellanos. Segun este contrato, 200 familias debian establecerse en las orillas del Parana y del Salado; á estas familias se les tenian que dar bueyes, caballos y simientes, como una especie de adelantos que habian de pagar en un plazo de tres á cinco años. La actual colonia Esperanza, situada en la orilla occidental del Parana, ó mas bien en el Salado, y la colonia de San José en Uruguay, son el resultado de aquella empresa.

El territorio comprendido bajo el nombre de Confederacion argentina se estiende el 22° hasta el 41° de latitud Sur y desde el 58° de longitud Oeste hasta el 72° del meridiano de París. Sus limites son al Norte la república de Bolivia, el desierto de Chaco, y mas allá el rio Bermejo y el Parana; al Oeste la cadena de los Andes que la separa de Chile; al Este el rio Uruguay y al Sur el rio Negro, como límite que la separa de la Patagonia. Toda esta superficie, que comprende 19° de latitud y 14° de longitud, viene á tener 75,000 millas cuadradas, con 1,000,000 de habitantes cristianos y un número desconocido de indios al Norte y al Sur, que viven aun en el estado de salvajes.

En este pais se encuentran representadas todas las épocas geológicas; hay tierras de aluvion, montañas de granito, volcanes y terrenos de ondulaciones. Sin embargo, puede dividirse en tres grandes secciones, á saber: la Mesopotamia argentina, es decir, el estenso territorio entre los rios Parana y Uruguay con las provincias de Corrientes y Entre Rios, todo lo cual ocupa 11,000 millas cuadradas; la Pampasia argentina formada del territorio que hay entre los rios Negro, Parana y Paraguay y las últimas ramificaciones de los Andes en el distrito de las Salinas, que comprenden las provincias de Buenos Aires, San Luis, Córdoba, Santa Fe, Santiago del Estero, una parte de Salta y Chaco, de una estension todo de 39,000 millas cuadradas; la region Andina con las provincias de Mendoza, San Juan, La Rioja, Catamarca, Tucuman, una parte de Salta y Jujuy, que ocupan 25,000 millas cuadradas.

En esta estensa superficie las aguas se dividen en diferentes direcciones; algunos rios desagan en el mar; otros se pierden en lagos y lagunas, para lo cual es muy á propósito aquel terreno. Como esta superficie se estiende al Norte hasta llegar al círculo tropical, tiene necesariamente climas muy diversos y una vegetacion muy rica. Los productos de todas las zonas se crían allí con un trabajo regular. Al Sur y al centro se hallan campos inmensos de cereales; el Oeste da vino, seda y algodón; el Norte azúcar y café; el Este tiene pastos incomparables. Allí prospera la cochinilla, como el gusano de seda y el algodón, y los bosques del Norte suministran magníficas maderas de toda clase. Sin embargo, solo desde el 28° de latitud, comienzan los árboles á tener una altura considerable; en general en el Sur no esceden de 10 á 12 metros de altura, aunque

por otra parte son muy gruesos, como el ombue, el algarrobo, el quebracho y otros. Entre los que se cultivan pueden citarse el albaricoquero, el naranjo, el granado y la higuera. En la region Andina se hallan todos los árboles frutales de Europa. El Norte tiene el banano, la chirimoya, la palmera, la caña de azúcar, el café y las mas diversas plantas de los trópicos. En todo el pais prosperan toda clase de legumbres.

Entre los animales rapaces se distinguen el jaguar, el tigre americano, el cuguar, el gato montés, diferentes clases de zorras, el armadillo y el oso hormiguero. En la region Andina los animales mas comunes son la alpaca, la vicuña y el guanaco; en la Pampasia, la biscacha, el venado y la nutria.

En rios y lagunas se hallan buitres, carranchos, gavilanes, patos, ánades, garzas, flamencos. En los campos el tinamu, el gallo silvestre, las tórtolas, las cotorras, los papagayos y los colibrís. Los peces mas comunes son el dorado, surubi, pati, pacu, raya, pez rey y truchas. Lagartos y culebras venenosas hay en grande abundancia; hay tambien culebras de cascabel y víboras. Los insectos son muy numerosos y la langosta, que se presenta allí del mismo modo que en España, hace en general grandes estragos. Hay colono que a pesar de poseer una estension muy grande de terreno, apenas le queda con qué mantenerse durante el año cuando la langosta ha pisado por el pais. Parece que este insecto dañino parte siempre del desierto de Chaco y va á morir á la Patagonia.

El clima de la Plata es distinto segun la altura y situacion de los puntos, pero su temperatura media viene á ser de 22° R. Desde octubre hasta abril dura la estación calorosa, y desde mayo hasta octubre la estación fria y de las lluvias, la cual á veces es bastante fria, no por la temperatura descienda de cero, sino por la influencia de la noche. La nieve es un fenómeno que solo se ha visto una vez en Córdoba. Las tempestades duran mucho si van con viento del Sudeste; las del Sudoeste son cortas pero violentas. Despues de pasadas éstas, sopla ordinariamente el viento del Sur ó pampero como purificador de la atmósfera. Los vientos del Este son mas constantes que los del Oeste, por razon de la planicie del Océano. El viento del Norte es cálido y produce dolor de cabeza. A veces hay fuertes granizadas en el paso de una estación á otra. Las condiciones saludables del pais deben atribuirse á la pureza del aire. Las viruelas, la escarlata, el sarampion, etc., aparecen casi siempre como epidemias por la parte del mar; en el verano hay algunos casos de elefantiasis, disenteria y otras enfermedades.

A.

## REPAROS A UNAS DEMOSTRACIONES

CRÍTICAS.

Número 18.

En el capítulo 74 de la segunda parte del *Quijote*, leemos que una noche «se entraron el caballero y el escudero entre unos *amenos* árboles:» en las ediciones de Argamasilla se imprimió *lozanos* en vez de *amenos*. Llamar *amenos* á un campo con árboles, era comun en el siglo XVII como ahora; no tanto el llamar *amenos* á los árboles mismos. Pero el señor Acosta cita (1) la égloga V del bachiller Francisco de la Torre, en la cual se hallan estos dos versos:

«Las hermanas bellísimas llorando,  
En árboles *amenos* convertidas.»

Tal autoridad, que se pudiera acompañar tambien con alguna otra, es de las mejores que pudieran aducirse: el texto de Cervantes queda aquí perfectamente defendido por el señor Acosta. Árboles *amenos*, y no *lozanos*, ha de leerse en el pasaje que nos ocupa, bien que este segundo adjetivo no sea tampoco ageno del arbolado.

En el capítulo 39 de la parte 1.ª, en la narracion del Cautivo, se leen estas líneas: «Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco; y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con *venecianos*, que mucho mas que él la deseaban.»

El señor Acosta, en el párrafo 37 (2), imprimió: «Con los *venecianos* en lugar de *con venecianos* ha escrito el corrector, sin dar razon alguna de esta enmienda que carece de fundamento; pues en tiempo de Cervantes lo mas frecuente era escribir *venecianos* y no los *venecianos*.»

«Quevedo unas veces lo escribe de un modo y otras de otro en su opúsculo *Mundo caduco y desvarios de la edad*, que publicó el señor Fernandez-Guerra en el tomo 23 de la Biblioteca de autores españoles. En

los despachos dirigidos por el Duque de Osuna á su primo el cardenal don Gaspar Borja, comprendidos en una interesante nota que ha puesto el mismo señor Fernandez-Guerra á aquel opúsculo, siempre, y por mas de seis veces, se escribe *venecianos*.»

Asi es en la nota; pero en el opúsculo que la lleva, Quevedo usó el sustantivo *venecianos* precedido del artículo *los* algo mas de seis veces, porque si no las he contado mal, son diez y nueve; por el contrario *venecianos*, desacompañado del artículo, solo se ve tres veces. Con que no faltaba quien escribiese entonces ese plural con artículo, como hacemos ahora.

Los despachos del Duque de Osuna, insertos en la interesante nota del señor Fernandez-Guerra corresponden al año 1619, cuando habia tres que Cervantes era difunto; pero en la *Historia general de España* del padre Mariana, impresa en castellano por primera vez en el año 1601, aunque muchas veces se lee sin artículo el plural *venecianos*, otras lo lleva, segun se puede ver en el libro 27, capítulo 11; en el 28, capítulo 8; en el 29, capítulo 19 (tres veces en éste) y en el 20 del mismo; en el libro 30, capítulos 5, 6, 7 y 18; y en el *Sumario*, años de 1538, 1570 (cuatro veces en éste) y 1573. Con que la supresion del artículo no carece de fundamento: no se dió cuenta de ella en la nota, porque no es cosa de mucha importancia.

Siendo vario el uso, ¿escribiria Cervantes el plural *venecianos* poniéndole delante el artículo, ó no? Mucho temo que lo usara y se lo suprimieran, como le suprimieron en la primera edicion del *Quijote* los dos párrafos correspondientes á la pérdida y al recobro del Rucio, supresiones harto mas graves que la de esas tres letras: hé aquí el por qué del recelo. En el capítulo 59 de la parte 2.ª, hojeando nuestro caballero el *Quijote* de Avellaneda, dice: «En esto poco que he visto, he hallado tres cosas dignas de reprehension. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo. La otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe *sin articulos*.» Parece por esta espresion que no era muy aficionado Cervantes á omitir el artículo, cuando no resultaba la supresion elegante ni oportuna, pues cuando lo era, la practicaba con el acierto que se puede notar en locuciones como ésta: «diebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece.» En la de: «El Gran Turco... hizo paz con *venecianos*,» la omision del artículo, por usada que fuera, no aparecia elegante ni lógica, pues verdaderamente la paz no fue ajustada con *algunos venecianos* no mas, sino con la señoría de Venecia. Pero, en fin, Cervantes pudo escribir lo uno como lo otro: válgame esta vez al señor Juan de la Cuesta, mas por cortesía que por derecho, la defensa y proteccion del señor Acosta.

Altisidora, la doncella muerta de amor y resucitada, se presenta á Don Quijote en el capítulo 70 de la parte 2.ª, y le dice, segun la primera edicion: «Cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente dando noticia en público de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor Don Quijote de la Mancha, soy una destas: apretada, vencida y enamorada; pero con todo esto, sufrida y honesta, tanto que por serlo tanto, *reventó mi alma por mi silencio*, y perdí la vida. Dos dias há que *la consideracion del rigor con que me has tratado... he estado muerta*... y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo. —Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de *mi asno*, que yo se lo agradeciera.»

A varias observaciones da lugar este trozo. La primera es la falta de la preposicion *por*, ó acaso la de *á*, delante de las palabras *la consideracion*; pues leer como dejamos copiado, «la consideracion del rigor con que me has tratado he estado muerta,» no ofrece sentido; leyendo, como indicó Pellicer é imprimió la Academia Española, «*por la consideracion del rigor he estado muerta*,» ya se desvanece la dificultad mayor. Queda otra, que consiste en la frase «dos dias há que he estado muerta;» porque Altisidora quiere decir, al parecer, que «ha estado muerta durante dos dias,» lo cual no es lo mismo. Luego afirma Sancho que hubiera agradecido al dios del amor depositara el remedio de Altisidora en los martirios del jumento del mismo Sancho: espresion no muy propia de nuestro buen escudero, que tuvo extraordinario cariño á su ordinaria cabalgadura. En el capítulo 11 de la parte 2.ª un cómico se sube en el Rucio y le hace dar una buena corrida, sacudiéndole en las ancas unas vejigas hinchadas de aire, que no le podian ciertamente causar mucho daño; no obstante, «cada vez que veia (Sancho) levantar las vejigas y caer sobre las ancas de su Rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte; y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el mas mínimo pelo de la cola de su asno.» Uno de los martirios que Sancho habia de sufrir, y

no pudo, fueron seis pinchazos de alfileres: no los querria para su Rucio quien de tal manera sintió que le golpearan con vejigas llenas de viento: débese, pues, creer que no escribió Cervantes el posesivo *mi* en la cláusula de que se trata, sino el artículo *un*, aludiendo Sancho á cualquiera pollino que le hubiese librado de mortificaciones.

En este trozo, que no escribiria Cervantes como se lo imprimieron, hube de reparar en la frase, «reventó mi alma por mi *silencio*;» y creí que se debia entender: «reventó mi alma por mi *sentimiento*, ó mi *sentido*,» porque á la verdad Altisidora, mientras estuvo Don Quijote en casa de los Duques, no calló su amor (como lo advirtió ya el señor Clemencin), sino que lo declaró cantado y hablado. El señor Acosta (1) dice para defender el texto, «que Cervantes se divertia al tiempo de escribir, para que luego se divirtiesen sus lectores; y que Altisidora se burlaba de un loco, sin curarse de que sus palabras, de que solo éste podia tomar acta, estuviesen en armonia con su conducta.»

No es eso, porque eso ni es demostracion, ni esplicacion, ni razon ni cosa que lo valga. El señor Acosta no ha sabido defender á Cervantes, como yo no he sabido entenderle aquí. Altisidora pudo fingir con toda verosimilitud que se habia muerto de puro callar su amor, refiriéndose al tiempo que Don Quijote habia pasado fuera del castillo, donde ella vivia. Recuérdese el final del capítulo 57 de esta misma parte, donde al despedirse Don Quijote de los Duques, y despues de haber Altisidora cantado por segunda vez sus amores, prometió la Duquesa castigarla de modo, que no se desmandara ya con la vista ni *con las palabras*. Estas justifican completamente el supuesto *silencio* de Altisidora: palabras que no recordamos á tiempo debido ni el señor Acosta ni yo. El texto ordinario está bien: el señor Acosta lo ha dicho, y yo lo he probado. A otro asunto para concluir.

En la advertencia que á sus demostraciones puso el señor Acosta (2) se hallan dos importantes cláusulas que á continuacion trasladamos.

«Nunca al escribir estos párrafos me ha abandonado el propósito de hacer ver que allí donde en el texto del *Quijote* (en la edicion primera de Argamasilla) se ha alterado ó suprimido una palabra ó frase, creyendo hacer desaparecer un defecto, se ha mutilado ó destruido una belleza.»

«Mi intencion es buena, mis razonamientos podrán ser defectuosos.»

En la edicion primera de Argamasilla y en la segunda se ha alterado algunas veces el texto comun del *Quijote* con el texto de la primera edicion de la primera parte, casi completamente desconocido hasta ahora: las alteraciones de este género no pueden haber mutilado ni destruido bellezas; han restaurado algunas.

Háse alterado tambien el texto con variantes, introducidas ya ó indicadas por don Diego Clemencin y otros comentadores, que hasta ahora nadie habia desaprobado: motivo hay para sospechar que tampoco éstas han de haber estropeado el *Quijote*.

El mismo señor don Zacarías Acosta ha corregido tres pasajes, donde habia introducido variantes yo: serian desacertadas las mias; pero donde el señor Acosta creyó necesaria la correccion, no habria belleza que respetar, no se habrá destruido ninguna.

Necesario será mostrar algunas de las tales bellezas, que se supone haber padecido, ya mutilaciones, ya destruccion completa.

Parte 2.ª, cap. 45. «Si la sentencia *pasada* de la bolsa del ganadero movió á admiracion á los circunstantes, esta les provocó á risa.»

Belleza de la cláusula. Cuando llega el lector á ella, todavia no se ha mentado ni al ganadero ni su bolsa: la sentencia que en este lugar se dice *pasada*, no se habia pronunciado aun: pasa despues.

Mutilacion de tan reparable belleza. Se ha impreso antes la sentencia relativa á la bolsa, con lo cual cuando se llega á leer que la tal sentencia *pasada* habia causado admiracion, la sentencia en efecto era cosa *pasada* ya.

Buena voluntad del señor Acosta. En el tomo cuarto de la edicion pequeña de Argamasilla (nota 26) se esplica ese raro trastrueque, diciendo que debe ser una correccion hecha por Cervantes á su manuscrito para poner la sentencia del ganadero en otro lugar, y que la correccion no fue comprendida en la imprenta. El señor Acosta no ha tenido por conveniente escribir una línea sobre el particular ni otros análogos.

Del mismo género de bellezas hay bastantes en el texto comun del *Quijote*, que han sido estropeadas en las ediciones de Argamasilla de la propia manera.

Desde la segunda página de la obra principian. Hallamos en ella que el apellido de Don Quijote, «segun conjeturas verosímiles» era *Quijana*; pero en el capítulo último, habiendo recobrado nuestro loco el juicio, y próximo á la muerte, que es cuando las palabras del hombre merecen mas fe, pronuncia éstas: «Ya no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso *Quijano*.» El Cura que le confiesa, y que debia conocer bien al en-

(1) Párrafo X. MUSEO UNIVERSAL, 1.º de enero de 1865.

(2) MUSEO UNIVERSAL, 41 de diciembre de 1864.

(1) Párrafo 58. MUSEO UNIVERSAL, 25 de junio de 1865.

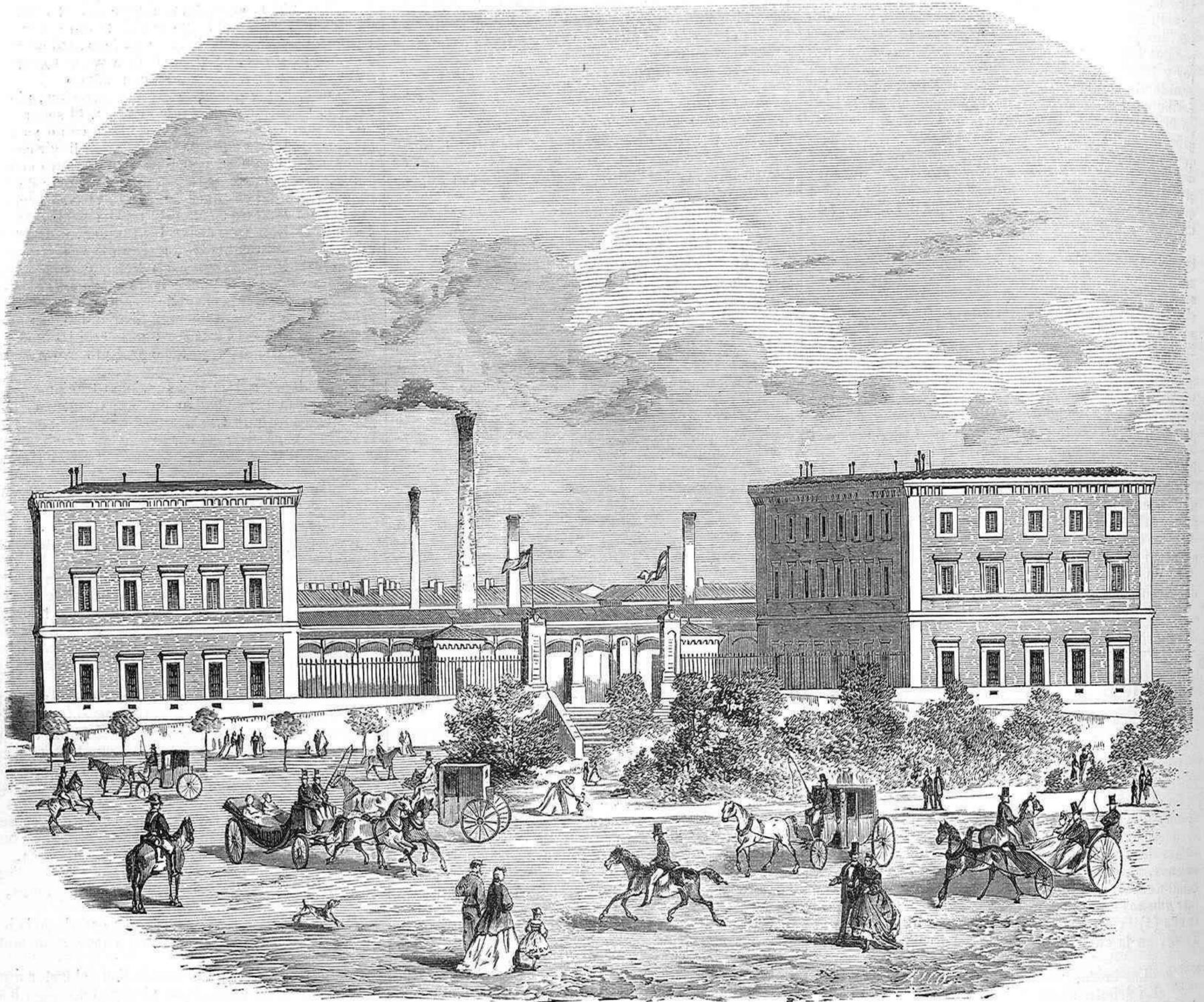
(2) MUSEO UNIVERSAL, 25 de junio de 1865.

fermo y á su familia, dice: «Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano.» Cervantes, en fin, que debía mejor que nadie saber cuál había de ser en definitiva el apellido de su héroe, dice en seguida: «En tanto que fue Alonso Quijano, y en tanto que fue Don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condiccion y de agradable trato.» Con que el otro apellido *Quijana* ó *Quejana* (que así está impreso por la primera vez en la edicion primitiva) no debe ser belleza, sino defecto del impresor, ó cuando mas, apellido que puso á Don Quijote Cervantes al principiar su obra, y que desechó al acabarla, declarándolo repetida y solemnemente. No habrá sido pues

mutilar ni destruir belleza del *Quijote* ninguna, reconocer y seguir la voluntad última de Cervantes.» Lo mismo sucede con el nombre y el apellido de la mujer de Sancho Panza, que en diversas partes de la novela aparece ser ya Juana, ya Teresa Panza, ya Teresa Sancha y Mari-Gutierrez. Multitud de nombres tan poco necesaria no puede considerarse como belleza; y habiendo Cervantes hecho decir á Don Quijote en el capítulo 59 de la parte 2.<sup>a</sup> que la mujer de su escudero no se llamaba Mari-Gutierrez sino Teresa Panza, este nombre y este sobrenombre son los que deben tenerse por verdaderos: usarlos en las ediciones de Argamasilla no ha sido estrópear el texto, sino intro-

ducir en él una correccion conveniente, deseada y requerida por el autor.

Sin salir de la segunda página de la obra, tropezamos con otra dificultad en estas cláusulas. «De todos los libros de caballerias, ningunos le parecian á Don Quijote mejor que los de Feliciano de Silva: y mas cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de *desafios*, donde en muchas partes hallaba escrito: La razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura.» Ahora bien, á pesar de que segun el texto, las palabras que cita el autor, abundan en las cartas de *desafios* que ingirió en sus libros



VISTA DE LA FÁBRICA DE MONEDA.—MADRID.

caballerescos Feliciano de Silva, ningun erudito ha encontrado tales palabras en tales cartas, ni cosa que se les asemeje. Lo peor es que no parece propio en las cartas de *desafios* (que en las obras de Silva son declaraciones de guerra de príncipe á príncipe) quejarse muchas veces (ó en muchas partes) de la fermosura del adversario.

Dos textos he visto en la *Corónica* de don Florisel, obra de Feliciano, semejantes al trozo que inserta Cervantes; pero no se hallan en cartas de *desafios*, sino en cartas de *amores*. Dice el primero (1): «Bien es que no sepas decir tu pena por la *sinrazon* que le haces en quitalle el nombre de gloria por parte de quien la causa, con la *razon* que en mí has hallado deshecha en la *sinrazon* de amor, pensando casar contigo.»

El segundo es mas estendido y mas malo; por lo menos es tan confuso, que no sé si habré acertado á puntuarlo segun requiere: (2) «¿Cómo puede la tu merced estorbar la fuerza que la naturaleza natural-

mente puso y pone á aquel que de tu vista gozar puede, donde debajo de tal poder el conocimiento de tu grandeza para estorbar la osadía de mi parte quede fuera de su *razon* por la *razon* de mayor *razon* de tu hermosura? Mas ¡ay de mí! que la *razon* que no solo por *razon* natural, mas de naturaleza en todo obra para mí, por mí, contra mí falta: que por tí debería sobrar por la *razon* que para ello, como digo, tienes.»

No habiendo nadie probado qué belleza haya, ni siquiera qué propiedad, en la espresion *cartas de desafios*, reliriéndose á unas que incluyen requiebros; los dos trozos que dejamos transcritos, tomados de dos epistolas amorosas, podrán disculpar, y acaso autoricen el que en la edicion primera de Argamasilla no se haya llamado á esas cartas de *desafios*, sino de *amorios*. De *desvarios* imprimí en la segunda: y si Cervantes aludió al trozo último de los dos arriba copiados, la calificación no podia ser mas propia.

Habrà quien alegue que Cervantes hubo de citar de memoria sin tener á la vista libro ninguno, por lo cual frecuentemente incurriría en inexactitudes, y una de ellas pudiera ser esto de las *cartas de desafios*. A lo cual se debe responder que se acusa á Cervantes de inexacto en algunas citas, donde no hay inexacti-

tud, sino yerro de imprenta ó mala eleccion de autoridad, yerro por consiguiente ageno. En todas las ediciones del *Quijote*, en el prólogo de la parte 1.<sup>a</sup> se atribuye un dístico de Ovidio á Caton; pero es muy de creer que Cervantes hubiera escrito en su original el sobrenombre de *Nason*, que era en efecto el de Ovidio, sobrenombre que usan el Arcipreste de Hita (1), Juan de Sedeño (2) y Alonso Nuñez de Reinoso (3). *Caton* por *Nason*, no bien escrita la palabra, es errata fácil y disculpable.

En el mismo prólogo de la parte 1.<sup>a</sup> se lee: «Si tratáredes... de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á *Calipso*, y Virgilio á *Circe*.» Ni *Calipso* fue encantadora, ni Virgilio trata con detencion de los encantamientos de *Circe*: se supone que hay aquí dos graves

(1) Sanchez: *Poesias castellanas* anteriores al siglo XV, tomo 4.<sup>o</sup> «Lo leo del estoria dis Pánfilo é *Nason*.»  
(2) *Calisto y Melibea*, nuevamente trovada. (Salamanca, 1540) Acto 8.<sup>o</sup>

«Antipater ó Sidonio,  
O *Nason* se volverá.»

(3) *Historia de... Carco y Florisea*. Vinegia. 1552: pág. 131.  
«No leo en el *Nason*, el sin ventura...»

(1) Primera parte de la cuarta de la *Corónica* de... don Florisel de Niquea... traducida por Feliciano de Silva. Zaragoza.—1568.—Cap. 47.

(2) La *Corónica* de... don Florisel de Niquea y el fuerte Anaxites. Zaragoza.—1584.—Lib. 1.<sup>o</sup> cap. 60.

errores; en mi concepto no hay ninguno de que se pueda culpar al autor. Recórrase el *Coloquio de los dos Perros*, y en él se encontrarán las líneas siguientes: «En esta villa vivió la mas famosa hechicera que hubo en el mundo, á quien llamaron la Camacha de Montilla: fue tan única en su oficio que las *Eritos*, las *Circes*, las *Medeas*... no la igualaron.» *Ericho* es la famosa hechicera, de quien hace Lucano tan admirable y espantosa pintura en el libro 6.º de su *Farsalia*; viendo juntas aquí á *Ericho* y á *Circe*, y aun á *Medea*, á la cual poco antes menciono tambien en el prólogo nuestro mal acusado autor, lo natural y probable es que el impresor no entendiese bien el pasaje, en el cual habria tal vez alguna enmienda borrosa; y donde Cervantes habia puesto *Ericho*, leyó *Calipso*, debiéndose corregir de este modo la frase: *Lucano tiene á Ericto y Homero á Circe.*»

En el cap. 14 de la parte 1.ª dirige Anselmo á la esquiua Marcela esta injuriosa pregunta: «¿Vienes por ventura ¡oh fiero basilisco de estas montañas!... á pisar arrogante este desdichado cadáver como la ingrata hija el de su padre *Tarquino*?» *Servio Tulio* era el nombre del que tuvo hija tan desnaturalizada, y ese introduje en las ediciones de *Argamasilla*: hice mal, porque luego ví que en 1591 se habia publicado un libro, del cual, ó de otro anterior, pudo haber tomado Cervantes aquella equivocada noticia. En la *Biblioteca* de autores españoles, tomo 36, titulado *Curiosidades bibliográficas*, hallará el curioso (pág. 507, 2.ª columna) estos versos de Pedro Cosme de Aldana:

«Yo soy Tullia cruel, endurecida,  
Hija del rey *Tarquino*, y fui tan dura,  
Que viéndole en el suelo sin la vida,  
No solo le negué la sepultura,  
Mas con mi carro en su mayor corrida  
Pasé sobre su rostro y su figura,  
No obstante que el caballo mostró cierto  
Piedad de su señor viéndole muerto.»

Cosme de Aldana, que no sabia mas historia que su amigo Ferrer, le responde:

«La hija de *Tarquino* rigurosa  
.....  
No puede ser mas dura y mas rabiosa:  
De la que á un puro amor su premio niega:  
Mujer fiera, infernal, maldita y ciega.»

Si algun autor hubiese escrito con anterioridad á Cervantes que en algunas cartas de desafíos, dentro de las obras de Feliciano, habia requiebros, el testo del primer capítulo del *Quijote* en la parte que se examina, deberia respetarse; pero nunca lo de *cartas de desafíos* formará una belleza, si no se prueba que constituye una cita exacta. Aun sin tal requisito pueden conservarse en el testo esas dos palabras, anteponiéndoles la conjuncion ó (y sino la de y), imprimiéndose: «Aquellas intrincadas razones... le parecian de perlas: y mas cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, y (1) donde en muchas partes hallaba escrito: «La razon de la sinrazon... mi razon enflaquece.» Todas las dificultades que ofrece la cláusula desaparecerian con esta levisima intercalacion.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

LA SEGUNDA VEZ.

CUENTO FANTÁSTICO.

IV.

Pocos momentos pasaron desde que el diablo marchó de la bohordilla del viejo, cuando empezó á operarse en este gradualmente un cambio extraordinario. Su cútis

(1) O sinó: «y mas cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, ó donde en muchas partes hallaba escrito: La razon de la sinrazon» etc.



EL RANCHO DE DON JOSÉ LIBARONA.

Ferrer, dirigidos á arrugado y amarillento, empezó á ponerse terso y rosado; fueron perdiendo sus labios el color livido que tenían, adquiriendo otro carminado y fresco, y en su cráneo pelado casi por completo, nació con rapidez un cabello abundante y sedoso. Arqueáronse sus espesas cejas, tornándose de blancas en negras, y aquella frente, momentos antes fruncida, apareció despejada y serena.

Por las venas de don Aquilino corría una sangre ardiente y bullicosa; dentro de su cerebro se agitaban los ensueños de la juventud.

Satanás, en fin, habia cumplido su palabra; el viejo rejuvenecia volviéndose á los veinte años.

V.

Don Aquilino, que habia perdido muy joven á sus padres, se casó á aquella edad con una hija de un comerciante llamada Marta, mujer déspota, dominante y gastadora.

La fortuna del muchacho, juguete de su esposa, que contaba diez años mas que él, fue poco a poco desapareciendo.

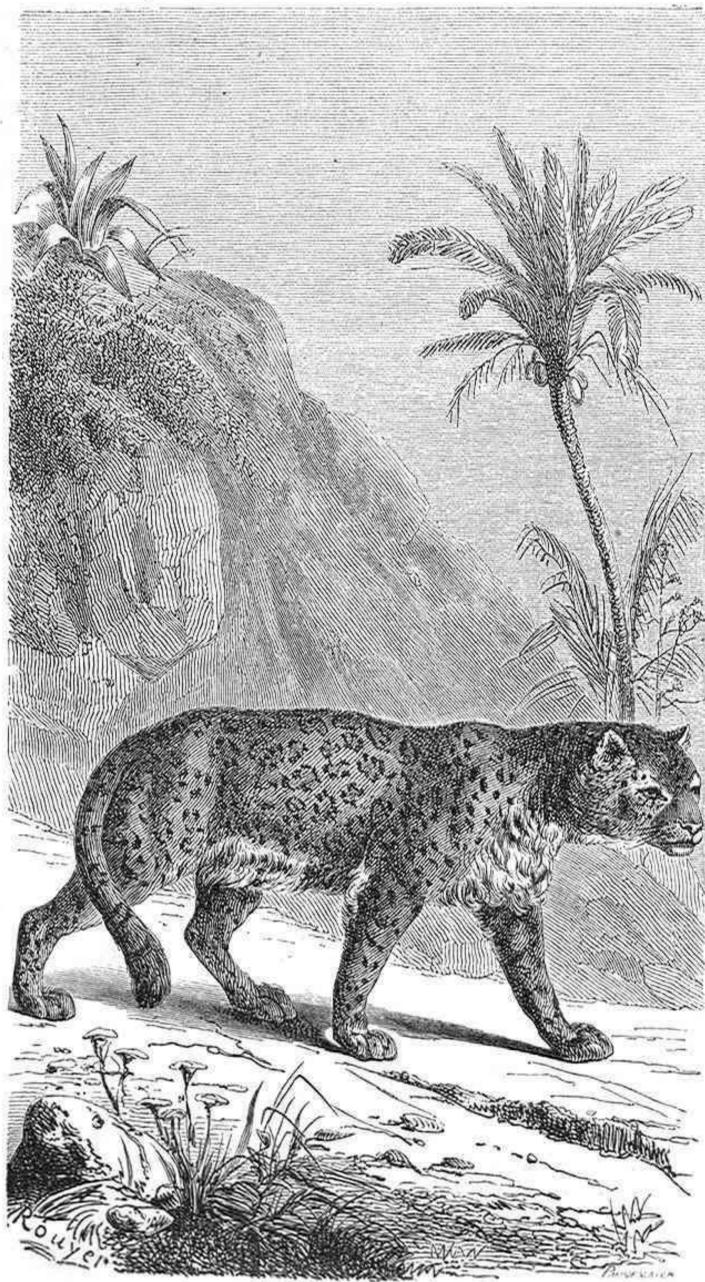
Cuanto mas disminuia el capital mas aumentaban las riñas, y la casa de don Aquilino llegó á ser un verdadero infierno.

A los ocho años de casado, se encontraban ambos esposos casi miserables. Pero estaba de Dios que el diablo habia de ser el protector de don Aquilino, y una noche se llevó á Marta por medio de una pulmonía fulminante.

El viudo vertió unas cuantas lágrimas y recobró despues la paz perdida desde el momento en que se prendió en los lazos conyugales. Con el poco dinero que le restaba negoció durante algunos años, al cabo de los cuales y de muchas privaciones y desvelos llegó á obtener una posicion descansada. Pero de Dios estaba sin duda que el infeliz don Aquilino no gozase largo tiempo de calma: toda su felicidad se convirtió en desdicha al contraer segundas nupcias con Leonor, mujer de diez y nueve años, hermosa como pocas y como pocas tambien casquivana y aventurera.

Contaba nuestro héroe á la sazón cincuenta años, y de tan desigual matrimonio no podian resultar frutos agradables. Yo lo que hubo no sé, pero es lo cierto que á muy poco de haberse casado, don Aquilino se separaba de su esposa para no volverse á unir á ella jamás.

Algun tiempo despues supo que habia muerto, y desde entonces, abatido por el



JAGUAR (TIGRE DE LA AMÉRICA MERIDIONAL).

mal resultado de todos sus negocios, volvió á caminar miserable por el áspero sendero de la vida.

En tal posición esperaba el momento de exhalar su último suspiro, cuando Satanás le hizo firmar el extraño contrato, merced al cual, como saben nuestros lectores, volvió don Aquilino á los veinte años.

## VI.

Cuando despertó este que podemos llamar nuevo Fausto, se encontró acostado en la misma habitación donde cumplió aquella edad. Recordaba los acontecimientos de su vida como se recuerda un sueño: su diálogo con el diablo le parecía una pesadilla. Saltó del lecho, vistiéndose luego, y tomando como un aviso lo que creía haber soñado, sin extrañar el total cambio de su cuerpo, salió de aquella casa elegantemente vestido.

Era una mañana de la primavera de 1824. Asomada al balcón de una modesta casa, situada en uno de los barrios más solitarios de la coronada villa, se hallaba una mujer de singular belleza, una mujer dotada con la hermosura del sol cuando está cerca del ocaso. Aquella mujer tendría treinta años.

Aquilino (suprimiremos el don, que no cuadra tratándose de un joven) la vió y sintió una agitación extraña.

Una mirada se cambió entre ambos. Lánguida fue la de ella, ardiente la del mancebo. Fijó éste sus ojos en aquel rostro encantador y ella entonces ruborizándose, se retiró del balcón.

Aquilino se alejó volviendo repetidas veces la cabeza. Se había enamorado.

Al día siguiente pasó de nuevo por la calle donde vivía la mujer que le había hecho pasar intranquilo aquella noche y la vió y esta vez ella continuó mirándole y no se retiró del balcón. Hablaronse pocos días después y Aquilino supo entonces que se llamaba Marta y que era hija de un comerciante.

Aquella coincidencia le hizo estremecerse. Marta se llamaba la primera mujer que tuvo en lo que él creía sueño y había sido su vida, y aquella como ésta era hija de un comerciante.

—Siguió, sin embargo, en sus relaciones amorosas, habló á los padres, comprometiéndose al fin, y poco después se casó con ella.

—En el sueño me dejé dominar, dijo para sí Aquilino; para que no llegue á suceder lo que allí, dominaré yo.

Pero pareciéndole mal durante la luna de miel no acceder á los caprichos de su esposa, cedió el mando creyendo recogerlo así que pasaran los primeros meses de matrimonio.

Aquilino se llevó un solemne chasco: cuando quiso recoger las riendas del gobierno, Marta armó un escándalo y por no promover el segundo, Aquilino cedió y su esposa continuó dominando.

A los ocho años la fortuna de Aquilino había desaparecido. Poco después Marta murió víctima de una pulmonía.

—¡Diablo! exclamó Aquilino viendo realizarse lo que él juzgaba sueño; veo que todo lo que soñé aquella noche va volviendo á sucederme. De aquí en adelante ya obraré de muy distinto modo que hasta aquí para no hallarme á la vejez en una bohardilla como me ví en el sueño.

Pero los acontecimientos le obligaban de tal manera á hacer lo mismo, que á los cincuenta años de edad volvió á casarse, ya en una descansada posición, con Leonor.

—Voy á llegar á la vejez, me voy á encontrar sin familia, sin amigos sin nadie: eso es horrible. Necesito casarme, dijo. Y como dejamos dicho se casó.

—Ahora, añadia, no me sucederá con Leonor lo que en el sueño. Tenía en ella demasiada confianza.

Y no cesó un momento de vigilarla. Una mañana vió que los vecinos se reían de él porque abandonando sus negociocios venía á espiar á la esquina de la calle las acciones de su esposa. Entonces se convenció, que estaba haciendo el ridículo, y para no hacerlo más, cesó en su vigilancia.

Lo que pasó tampoco lo sé, pero es lo cierto que de nuevo se separó de ella, y que el mundo que antes se reía porque espiaba á su mujer, se rió también luego porque su mujer le había faltado. Leonor murió algún tiempo después, y don Aquilino fué paso á paso acercándose á la misma bohardilla donde el diablo fué á hacerle la proposición por él aceptada.

## VII.

Viejo, sin amigos, sin familia, sin nadie que vertiera en su corazón el dulce bálsamo del consuelo, don Aquilino volvió al pasado su mirada porque le horro- rizaba el porvenir.

La lluvia azotaba la ventana de su bohardilla y el viento atravesaba silbando los largos corredores de la casa.

El pobre viejo escondía su rostro entre las miserables ropas de su lecho y temblaba.

De repente se oyó un ruido espantoso. El diablo, envuelto en azufrada nube penetró en la habitación

derrivando la pared. Acercóse sonriendo á don Aquilino y le obligó á sacar la cabeza.

—¡Llegó tu hora! Esclamó; tu alma es ya mía. Los labios azulados y secos del pobre viejo murmuraban la palabra *perdon*. Satanás soltó una bronca carcajada.

—Has vuelto á obrar lo mismo que la vez primera, dijo poseído de una alegría infernal, y tu alma me pertenece. ¡Infeliz! continuó con acento de extraña lástima, ¿creías como todos que la segunda vez no obrarías como la primera?

Y esto diciendo, aproximóse más á don Aquilino. El infeliz anciano había muerto.

Apoderóse el diablo de su alma, estendió sus alas y produciendo al batirlas un ruido estridente tomó vuelo dirigiéndose presuroso á su morada.

## VIII.

Ahí tienes, lector, lo que consiguió el pobre don Aquilino con volver á recorrer el camino andado ya. Yo tengo para mí que á todos nos sucedería lo mismo y que si con tal de volver á los veinte años, cuando nos encontramos viejos, hiciéramos con Satanás el mismo contrato que el viejo de mi cuento, se había de aumentar muy notablemente el número de los condenados. Si mal sale una cosa la vez primera, creo que la segunda no saldrá nunca mejor.

Por eso yo, aunque no satisfecho de las anteriores, desaliñadas líneas de mi narración, no las trazo de nuevo, temiendo, con harto fundamento, que peor que la primera saldrían *la segunda vez*.

M. RAMOS Y CARRION.

## FABRICA DE MONEDA.

Nuestros suscritores verán en el presente número de EL MUSEO el grabado que representa el exterior de la *Fábrica de la moneda* de esta corte. Siendo dicho edificio uno de los más notables de Madrid, nos proponemos publicar sucesivamente varias vistas interiores del mismo, para dar una idea exacta y hasta minuciosa de los talleres de fundición, acuñación y demás dependencias, acompañando una reseña de las operaciones y productos del establecimiento, que comprenderá, con toda la concisión y claridad posibles, cuanto sea digno de llamar la atención, según lo hemos hecho en circunstancias análogas.

## LA MUJER.

Hay algo de misterioso y contradictorio en la organización de la mujer, y no es de extrañar que haya sido siempre un objeto de desprecio y de indiferencia para unos; de admiración, de respeto y de la más entrañable ternura para otros.

Ángel de paz, de consuelo y de beneficencia, la mujer ha recibido en todos tiempos una especie de culto poético de los *grandes ingenios*; y yo no sé qué simpática y dulce armonía ha existido entre éstos y la primera, que desde el Tasso y Lope de Vega hasta Byron, desde Platon hasta L'Aime-Martin, y Washington Irving, las ideas más sublimes, las más sentidas y delicadas inspiraciones han sido siempre consagradas á arrebatar la poética imaginación de la mujer, y á inundar de gozo y de consuelo su apasionado y generoso corazón.

Bien es verdad que la generalidad de las personas, apoyada en los ejemplos comunes de la vida, juzga estos sentimientos exclusivos de poetas y entusiastas, sobre quienes en su amargo escepticismo lanza el desden y la compasión. Mas aunque el error y la ilusión estuvieran del lado de los segundos, es tan noble y sagrada la carrera de los que realizan y engrandecen la naturaleza moral del hombre, de aquellos que la arrancan de sus groseras y materiales impresiones, para hacerla sentir esa parte infinita y divina comunicada por Dios á nuestras almas que merecieran la estima, la gratitud y el reconocimiento, en lugar de la indiferencia y del ridículo que injustamente se les prodiga.

Es nuestra pobre naturaleza de suyo bastante flaca y miserable, para que ofrezca mérito ni interés presentar el cuadro de sus debilidades, aberraciones y caprichos. La pintura viva, animada y poética de lo que engrandece la existencia del hombre, de lo que la enaltece y la levanta hasta las regiones celestiales, es lo único que puede hacer menos desgraciados los brevísimos días del hombre en la azarosa peregrinación por el mundo sublunar.

Anda el joven en la carrera de la vida inquieto, azorado, entregado á desesperada melancolía, ó encenagado tal vez en placeres, que le embrutecen y deshonoran; y no despierta de su sueño, ni siente los encantos de la poesía hasta recibir su alma las misteriosas y

delicadas impresiones del amor. Hay entonces un cambio en su naturaleza moral, y el que ayer en sentidas imprecaciones y dolorosos ayes maldijera su estrella y su ventura y olvidara á Dios en su amargo é intenso penar, hoy invoca postrado y agradecido su santo nombre, y no trocará su dicha por la del más afortunado mortal. Con razón ha sentido el apasionado número de Byron, que la religión eleva al hombre al cielo, y que el amor hace bajar el cielo sobre la tierra. Con razón también, el más grave y sentencioso, después de Rioja, de nuestros poetas líricos, el inmortal fray Luis de Leon, dijo en su célebre canción á *Una desdeñosa*:

El amor gobierna el cielo  
dulcemente,  
¿y queréis vos ser valiente  
contra él acá en el suelo?  
Da movimiento y viveza  
á la belleza;  
y sin él es triste vida  
la alegría mas cumplida.  
¿Qué vale el beber en oro  
el vestir seda y brocado,  
el techo rico labrado  
y los montes del tesoro?  
¿Y qué vale, si á derecho,  
os da pecho,  
y el mundo todo os adora,  
si á la fin dormís señora  
en el solo y frío lecho?

Cuando graves y sagradas obligaciones rodean y asedian la vida del hombre, su vida, su amor y su esperanza se reparten entre la mujer y sus hijos, y su vida y esperanzas se doblan y multiplican con el cariño de objetos tan amados. Y de este manantial inagotable de amor y de felicidad, saca el hombre fuerzas y valor para resistir las desgracias y pesares que amargan su existencia, para hacerse superior al infortunio, y dominar la continuada injusticia de la tierra.

Cuando por fin llega al hombre el día de su muerte, es siempre la última persona, que oprimida y desolada ve junto á su fúnebre lecho la de la madre, esposa ó hija, que le consolara en sus desgracias, y encantara su vida; y la primera y la postrer plegaria, que se eleva por su descanso y eterna felicidad, es siempre también la de la mujer, que le amó.

Nególe el cielo á la mujer la fuerza y la energía física é intelectual, que concediera al hombre; pero dotóla en cambio ricamente de una imaginación vivaz y creadora; de un corazón sensible y generoso; tan capaz la primera de elevarse á las más sublimes concepciones, como de realizar el segundo las más nobles y admirables acciones.

No era bueno, que el hombre estuviera solo sobre la tierra, y en un momento de piedad y de misericordia, el Omnipotente la envió en su consuelo. Sus primeras miradas hacen sutil el corazón del hombre, despiertan su ingenio y moralizan sus costumbres; y cuando la agitación y los pesares de la vida pública, las enfermedades y las desgracias amargan, y acibaran los días del hombre; entonces es, lo repetimos, cuando la mujer tranquila, resignada en su continente, se muestra pródiga de piedad y de beneficencia, y alarga generosa una mano de sosten y de apoyo á la existencia envenenada por el dolor. ¿Qué diremos, pues, de los países y legislaciones, protectores de la poligamia, protectores de la esclavitud de la mujer? ¡Vergonzosas naciones! vosotras habeis divinizado el sensualismo y los placeres, vosotras habeis condenado á la desgracia y al embrutecimiento, á la más bella de las flores, y vosotras merecis bien vuestro humillante destino. ¡Hombres injustos! Os mostrais tiranos sobre seres, que no pueden reclamar contra la tiranía, os ostentais dueños absolutos del haren y del serrallo, y ¡todo vuestro poder no alcanza á conquistar la voluntad y el alma! También sentís la pena de vuestra injusticia: la vida debe seros pesada y dolorosa, y cuando la muerte venga á cortar el hilo de los días trascurridos en la liviandad, y el desenfreno, vosotras no vereis á vuestro alrededor ningún objeto caro ni sagrado para el corazón; vosotras no despertareis ni recordos ni pesares; y quizá los alaridos y los gritos infernales de alegría de vuestras numerosas mujeres, anunciarán al mundo la desaparición de su tirano.

FERMIN GONZALO MORON.

## EL PRIMER SUEÑO DE AMOR.

¡Tu frente es fuego; tu faz es grana;  
tu ojo se afana  
llanto importuno por esconder!  
¡Ayer alegre; turbada hoy!  
Por tu sosiego temiendo estoy...  
Niña, ¿qué sueño tuviste ayer?

¿Por qué á tus risas, por qué á tus cantos  
furtivos llantos  
han sucedido, niña gentil?  
Sobre tu alma, ¿qué duelo impío  
pasó, cual pasa cierto de estío  
sobre la pua rosa de abril?

¡Ayer gozaba con tu alegría:  
ayer latía  
de otra manera tu corazón!  
¿Ante tu frente de nieve y rosa  
batía sus alas de mariposa  
dulce quimera, tierna ilusión?

¿Y tú por ella triste suspiras,  
tras ella giras  
de tus deseos por el conlin;  
y en perseguirla tu alma se empeña,  
cual perseguías ayer risueña  
las mariposas de tu jardín?

Tu frente es fuego: tu faz es grana,  
que á la mañana  
en fuego vencen y en rosicler:  
tu pecho late con ansias nuevas:  
casi tres lustros cumplidos llevas...  
Ya sé qué sueño tuviste ayer!

Ardió en tu sangre, niña hechicera,  
chispa ligera  
de misteriosa, vaga pasión:  
tu alma se allige de estar sin dueño;  
que al blando soplo de algun ensueño  
de tus ternuras se abrió el boton.

De toda virgen hay en la vida,  
niña querida,  
un día de cambio para su ser;  
y hay una noche, que en halagüeño  
pasa por todas el mismo ensueño,  
que tu por dicha tuviste ayer.

Ayer sus alas de mariposa  
batió gozosa  
en torno tuyo tierna ilusión:  
tras ella fuiste con vago empeño;  
y al blando soplo de algun ensueño  
de tus ternuras se abrió el boton.

Gérmén de amores brotó en tu alma  
y ya sin calma  
tu sangre ardiente latidos dá:  
tu pensamiento precipitado  
la bella imágen de un ser amado  
con tus recuerdos formando está.

¡Ay, no la formes! Meditabunda  
tu alma se inunda  
de amor por cosas, que nunca ves.  
El ser, que sueñas, aquí no existe:  
sal de tu senda penosa y triste,  
y al hombre ama tal como es.

¡Ay, no acaricies tan bella imágen!  
¡no así trabajen  
tus propias fuerzas para tu mal!  
mas vale el hombre mezquino en todo,  
estatua viva de sangre y lodo,  
que tu imposible bello ideal.

Las flores mueren: duran los frutos  
de amor tributos,  
que el mundo exige de la mujer.  
De tus ensueños guarda las flores;  
pero haz que rinda fruto de amores  
el árbol de la vida,  
cuyos verdores  
en tu alma adormecida  
brotar dichosa sentiste ayer.

FEDERICO VELLO Y CHACON.

La vista de la escuadra española, bombardeando el  
Callao, que teníamos ofrecida para este número, se  
dará en uno de los inmediatos.

## AVENTURAS Y DESGRACIAS

DE LA SEÑORA LIBARONA EN EL GRAN CHACO (AMÉRICA  
MERIDIONAL).

(CONTINUACION.)

Mis parientes me escribían carta sobre carta exhortándome á volver. Durante las noches, el pensamiento de que mis pobres hijas podrían quedar en breve huérfanas de padre y madre, me torturaba el cora-

zon. Pero estaba resuelta á no abandonar de ningun modo á mi esposo.

Un médico me escribió también diciéndome que el único medio de curarlo de su locura era ponerle vejigatorios, y yo se los puse; pero cuando sentía las quemaduras, se los arrancaba furioso, y como yo me oponía me golpeaba cruelmente. Una vez me arrastró de los cabellos: su furor era tal, que más de una vez creí dejar la vida entre sus manos.

Unzaga estaba también muy malo: su cuerpo lleno de úlceras, era una sola llaga que exhalaba el olor más fétido. Yo lo curaba también: era nuestro compañero, nuestro amigo, y mi deber era asistirlo.

Otro día al amanecer nos avisaron de nuevo que se acercaban los indios. Para prevenir el peligro, tomé á mi esposo en brazos con ayuda de Unzaga, bien que estuviera tan débil, y busqué un refugio en el bosque. Mi esposo daba inarticulados gritos y me golpeaba. Yo me sentí herida, agotada, desesperada; y más de una vez me dejé caer en tierra, deseando ¡oh dolor! antes la muerte que aquella eterna agonía de cuerpo y alma. ¡Oh! sí; lo diré con más franqueza. Sin el recuerdo de mis hijas, sin el sentimiento de mi deber hacia mi esposo, creo que... hasta me hubiera suicidado.

Durante nuestra ausencia los indios quemaron nuestro rancho, matando cerca de él muchas personas: por lo cual consideré yo como un milagro que no nos hubieran descubierto, porque no estábamos muy lejos. Y á no ser por sus propios clamores, de seguro habrían oído los gritos desesperados del demente.

No teníamos ya asilo y por espacio de veinte días tuvimos que guarecernos debajo de un montón de ramas. ¡Hay ya más desamparo? Sí; todavía más. Los soldados de Ibarra vinieron otra vez y nos internaron más, mucho más, dejándonos en un paraje donde no solo había que temer á los indios, sino también á las fieras. El cielo también parece que se complacía en nuestra aflicción y una espantosa tormenta que duró seis días, cayó también sobre nosotros. Con ayuda de algunos pedazos de cuero, estendidos sobre ramas, protegí el ya cadavérico cuerpo de mi esposo contra la lluvia. Pero no obstante, se mojó y tiritaba lastimosamente.

### VII.

Yo no sabía ya cómo ni con qué alimentarnos. Un día fui á una legua de distancia, ofreciendo á los habitantes de un lugarejo una gran cantidad por un cabrito. Nadie me lo quiso vender y tuve el dolor de volverme de vacío. Unzaga cada vez más enfermo unía sus quejidos á los de mi esposo, que se moría también.

Ya no recibía yo noticias ni socorros de mi familia y pedí permiso para enviar un correo á Santiago, cuyo favor me denegó el comandante. Luego supe que en virtud de las órdenes de Ibarra habían prendido á uno de estos correos, que me traía víveres, medicinas y dinero. Por colmo de miseria, me robaron la escopeta de que usaba Unzaga alguna vez para cazar. El comandante no disimulaba su deseo de que abandonara á mi esposo, quien solo se hubiera muerto de hambre. Pero yo le hice saber con toda la firmeza de mi desesperación que nadie quebrantaría mi voluntad resuelta de morir al lado del proscripto.

Una mañana colocaron á mi esposo en una litera y echaron á andar con él por el bosque. Yo lo seguí á pie, igualmente que Unzaga, á pesar de los sarcasmos de aquella soez, feroz y judía soldadesca. De intento los crueles daban á la litera violentas sacudidas para atormentar mi corazón, que no ya en mí, sino el que iba en la litera.

Hubo un momento en que, á los gritos del enfermo acudí yo á aquel sepulcro portátil y quise templar el rudo movimiento, para calmar el dolor del que moría. Pero ¡ay! no bien hube puesto la mano en la litera, cuando uno de aquellos verdugos me bañó la cara en sangre haciéndome rodar por tierra.

Por fin se detuvieron. Nuestro estado era aun más afflictivo que antes. El dinero no podía ya servir de nada en un paraje frecuentado solo por las fieras. Mi salud también ya decaía: por la noche tenía frío y no tenía con qué abrigarme, pues mi esposo, no me conocía en su demencia y me rechazaba hasta de los pies de su cama.

¡Qué locura tan cruel, tan horrorosa! Durante un año entero no pronunció jamás mi nombre. ¡Ay! ni este consuelo tenía yo en mi desamparo. Apenas salía de su boca una palabra inteligible y cuando no le contestaba, me acometía furiosamente con intención de matarme. Yo no sé como no me mató una de tantas veces. Después de todo era preciso buscar qué comer. Aunque débil, reconocí que aun podría yo alimentar á un párvulo con la leche que la naturaleza destinara á mi Lucinda. Fui, pues, á un lugar vecino y encontré una china, que estando enferma, no podía lactar á su hijo. Con esto yo le daba de mamar al niño y ella me daba en cambio una taza de caldo para mi esposo. Yo devoraba mis lágrimas mirando á aquella criatura chuparme ávidamente, y procuraba alejar mis preocupaciones; pero no podía menos de comparar el miserable estado á que me veía reducida, con mi vida antigua de felicidad y lujo.

La china era dura de corazón y me trataba mala-

mente, pero yo me hice humilde. Un día entró un chino mientras yo lactaba al párvulo, y me propuso cortarle una chaqueta. Nunca había yo cortado ropa de hombre: acepté sin embargo la proposición y tuve la suerte de complacerlo, ganando en cambio unos pedazos de salazon con que me pagara el chino. Al día siguiente vinieron otros con telas para que les hiciera vestidos y con esto dejé la cria, por no ser la madre buena, y me puse á coser á pesar de mi dolor de pecho. Gracias á este trabajo el maíz no nos faltaba; pero el agua era salobre, terrosa, nauseabunda, de tal modo, que para beberla tenía yo que colarla y taparme las narices.

Para aumentar los provechos que me procuraba en mi nuevo oficio de sastrera, imaginé tener de diversos colores con yerbas á propósito, una camisa vieja de mi esposo, y hacer flores también, flores que solo tenían un pétalo, pero que parecían maravillosas á aquella ruda gente, pagándome con trigo mis habilidades. Animada con el éxito, fabriqué además relicarios ó corazones, como dicen los indios, y aun remití al interior varias zarandajas, á las cuales atribuían ellos la virtud de purificar el aire infecto de los pantanos.

Sin embargo, todo mi arte no llegaba á obtener de los chinos ayuda para construir otro rancho en que se abrigaran mis dos enfermos, y tuve que ensayar el medio de hacerlo yo misma. Había visto á bastante distancia dos árboles que se unían estrechamente por sus ramas superiores, y comprendí que podían servir á mi propósito. En dos días corté una gran porción de yerba *titora*, con la cual cubrí las ramas de los árboles. Además hilé la lana de una piel de cordero y con estas hebras, yerbas y unas varillas largas, fabriqué una especie de estera que puesta encima de todo formaba un techo bastante impenetrable. No tuve la fuerza ó el talento necesario para construir las paredes; pero en fin, instalados bajo este abrigo, estábamos ya mejor que á la intemperie.

Los tigres erraban en las cercanías de nuestra cabaña: sobre todo había uno, que según decían, estaba muy ávido de carne humana, siendo ya muchas las personas que había devorado. Una noche, abrumada de fatiga y de pena, me quedé dormida sobre la yerba á unos cien pasos de la choza. El tigre pasó junto á mí, pues alguien lo vió detenerse y retirarse después. Sus huellas amanecieron en efecto grabadas en la tierra al día siguiente, y aquel mismo día la fiera se arrojó sobre una familia dormida, devorando á un niño y mordiendo á su padre, que al fin pudo librarse haciendo uso de su lanza. La misma madre, fugitiva y loca de dolor, fue quien nos refirió á su paso tan horrible escena.

### VIII.

¿Qué fin podía yo preveer en nuestra desgracia? Ya no esperaba salvar á mi esposo. Pero á lo menos, me decía, si antes de morir recobrara la razón, sabría cuánto lo he amado y sus últimas palabras me indemnizarían de todos mis sufrimientos.

Prosigamos nuestra historia. Una gran sequía sobrevino luego: no era posible hallar una gota de agua, teníamos que apagar la sed humedeciéndonos los labios con el jugo de las yerbas. Algunas veces iba á lo lejos buscando parajes hondos, ordinariamente húmedos, y me revolcaba allí para templar mi ardor. Hasta mis lágrimas se habían agotado y mi vista se turbaba.

Una disentería horrible vino á poner colmo á la dolencia de mi esposo y á mis sufrimientos.

Un día que yo traía á cuestras un haz de leña, una rama me hirió violentamente el pecho y caí en tierra sin conocimiento. Cuando volví en mi acuerdo, hallé por todas partes la compañía de todas las penas, las sombras de la noche. Sí; era ya de noche y apenas pude arrastrarme á la choza.

La piel se me caía de la cara, de los hombros, de las piernas... No tenía más ropa que la puesta hacia ya cuatro meses, y... ¡miserable de mí! ni siquiera había podido lavarla.

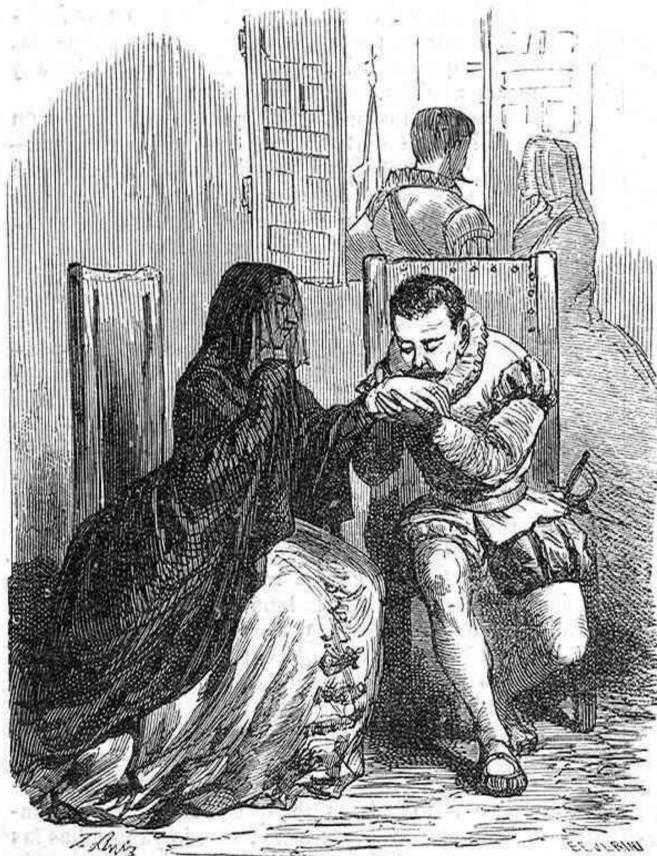
Creyéndome sola un día en el bosque me desnudé para lavarla, envolviéndome en una manta vieja de mi esposo. En esto apareció casualmente el pobre Unzaga: su presencia hizo en mí tal impresión de vergüenza, que eché á llorar amargamente.

Ya no se hablaba de cambiarnos el destierro y me dije que era menester pensar en el porvenir. Al propósito descaué un espacio de tierra y trabajé algunos días en hacer una sementera. Después descansé complacida en mi obra y esperana mi cosecha; pero muy luego vinieron los soldados y arrancaron todo lo que había nacido, cumpliendo así, al decir de ellos, las órdenes de Ibarra.

Por lo demás, no era esta nuestra última etapa en el desierto; que muy luego nos trasportaron á un paraje que llaman la *Encrucijada*, por cruzarse allí dos caminos. Allí no había más refugio contra los indios que un bosquecillo inmediato, inseguro por pequeño; el terreno era más estéril, el agua escasísima y los vecinos inaccesibles á todo sentimiento de piedad.

Iba yo un día por agua á gran distancia, con mi cán-

# OBRAS DE CERVANTES.



GRABADO DEL CASAMIENTO ENGAÑOSO.



GRABADO DE PERSILES Y SIGISMUNDA.

NOVISIMA EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO Y LÁMINAS SUELTAS.

## TOMO SEGUNDO.

Contiene: LA GALATEA, las 13 novelas que con el título de ejemplares conoce el mundo literario, y cuyos títulos son: LA GITANILLA.—EL AMANTE LIBERAL.—RINCONETE Y CORTADILLO.—LA ESPAÑOLA INGLESA.—EL LICENCIADO VIDRIERA.—LA FUERZA DE LA SANGRE.—EL CELOSO ESTREMEÑO.—LA ILUSTRE FREGONA.—LAS DOS DONCELLAS.—LA SEÑORA CORNELIA.—EL CASAMIENTO ENGAÑOSO.—COLOQUIO DE LOS PERROS.—Y LA TIA FINGIDA, apenas conocida del público hasta hoy por haber permanecido mucho tiempo inédita y dudándose de su autenticidad.—Se ha incluido también LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, novela que juzgaba el autor la mas acabada y perfecta de sus obras, si bien la posteridad no ha confirmado su juicio y seguirán por fin, EL VIAJE AL PARNASO, Y LAS POESIAS SUELTAS.

Estas diversas producciones están ilustradas con grabados intercalados en el texto y con láminas sueltas hechas ex-profeso para esta edicion.

Se ha repartido por entrehas de 16 páginas con mucha cantidad de lectura, grabados intercalados y láminas sueltas.

Constan todas las obras de 34 entregas, y por consiguiente cuesta 34 reales.

## LOS QUE POSEEN YA EL DON QUIJOTE ILUSTRADO,

QUE ES EL TOMO PRIMERO, tanto á éstos que ya lo han tomado como á los que lo tomen ahora, solo les costará el segundo 30 reales, saliéndoles de valde 4 entregas. Resulta, pues, que por 30 reales tendrán un libro tan extraordinariamente barato que con él solo podría competir el *Quijote ilustrado*, al cual todavía le lleva éste la ventaja de haberse hecho todos los grabados para su ilustracion enteramente nuevos.

taro á cuestras, cuando se tiró á mí un perro mordiéndome y desgarrándome la ropa: por fortuna acudió un chino y pude escapar, aunque no muy bien librada. Continuando mi camino, encontré luego un hombre extraño, una especie de monstruo: era un mestizo, hijo de un salvaje del Chaco y de una blanca. Su cara era enorme, su nariz sobremanera chata, sus labios horriblemente boleados y revueltos; apenas se le veían los ojos, que se asemejaban á los del jabalí. Sus manos, sus pies, sus pantorrillas eran descomunales. A su vista me detuve estupefacto, helada: no sabia en presencia de qué criatura me hallaba. Sin embargo, recogí todas mis fuerzas y me atreví á preguntarle dónde podría encontrar agua. El me contestó rudamente que fuera á los Bañados, á cuatro leguas de allí, y se alejó murmurando.

Un momento despues tuve mejor encuentro. Una buena mujer, al verme tan harapienta, pálida y agobiada, saltó de su caballo y vino á abrazarme preguntándome afectuosamente á dónde iba. Cuando se lo dije me montó á la grupa, me condujo á un sitio, donde me dió agua, dos quesos, harina, y me trajo luego cerca de mi retiro; pero rogándome siempre que no dijera nada de lo que por mí había hecho: tal era el terror que inspiraba el nombre del tirano.

Otro dia nos sorprendió una tempestad en un bosquecillo á donde habia trasladado á mi esposo. La oscuridad era profunda y el trueno rompía muy cerca de nuestras cabezas. A la noche aun no habia cesado

la lluvia. Yo no tenia ningun medio de encender lumbre. En nuestra choza tenia velas que yo misma fabricaba con girones y cera de los panales que encontraba en el desierto; pero esta vez fue preciso pasar la noche en las tinieblas, en la inundacion y el terror.

Hácia el amanecer, una calandria, oculta entre el follaje del mismo árbol que nos cubria, se puso á cantar. Unzaga me dijo que era un pajarillo semejante á una alondra: su canto era tan dulce y cadencioso, que sentí cierto alivio al escucharlo.

La dificultad de satisfacer nuestras precisas necesidades de comer y beber aumentaba cada dia: en octubre no tuvimos ya mas recurso que comer espigas de trigo verdes, que yo cocia con agua salobre. Este alimento nos producía grandes dolores de vientre y tuvimos que renunciar á este recurso.

Por entonces supe que informado de nuestros sufrimientos mi hermano, habia intentado visitarnos; pero en el momento de partir, Ibarra, nuestro implacable enemigo, le prohibió con terribles amenazas llevar á cabo su proyecto.

Se me olvidaba decir que en el tiempo en que aun teníamos provisiones y un rancho, la mujer de Unzaga, doña Rafaela Carol, pasó once dias con nosotros; pero no pudiendo sufrir por mas tiempo nuestras penalidades, se volvió á su casa, maldiciendo el dia en que habia puesto los pies en el desierto.

(Se continuará.)



### AVISO.

Los señores suscritores cuyo abono concluye á fin de este mes, se servirán renovararlo si no quieren experimentar retraso.

SOLUCION DEL GEROGRAFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Saluda uno en la calle á muchas personas á quienes haria fuego, si las encontrara en un camino.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPÁR.  
IMPRESA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCEPE, 4.